

mtu 6257

DONACION

25633-

2563

infno

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

20

Juan Ñíguez Vintimilla

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:0:—

1958

infno 6257 con 5



Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side.

JUAN INIQUER VINTIMILLA

Tenia los dos sentimientos esenciales al Poeta:
Libertad y Belleza. . . .

Esa libertad de sentir, pensar y decir para la que nunca fueron obstáculo las cosas visibles, ni siquiera los más remotos o lejanos horizontes. . . . Esa dulce, honda libertad que le tenía siempre del lado de los oprimidos, de los seres débiles, de los que cumplen sobre los caminos condenas dictadas por el sino ineluctable o por la miseria espiritual de los hombres. . . . Esa libertad maravillosa que la quería para todo y para todos bajo los cielos azules: las aves canoras discurrían en los jardines y huertos de su casa de ensueño, y jamás fue para ellas la cárcel o el encierro, y siempre cantaban libres en las frondas, y charlaban con el Poeta de los tiernos sentimientos lo mismo al nacer de cada nuevo sol de esta cuencanía o en la hora en que mullían más sus nidos en las ramas altas. . . .

Esa belleza sencilla, pura, eminente, esa belleza que nace como surtidor de fragancia. . . . Por algo

UNIVERSIDAD DE GUAYAMA

Presencia de la Poesía Guayanesa

50

Juan Iniquer Vintimilla

Editorial y Librería de la Universidad de Guayama

UNIVERSIDAD DE GUAYAMA

1951

tenía de vecino a nuestro río cantor, por algo sus aguas le dirían a cada paso cómo debe ser la poesía: transparente, sí, pero también llena de honduras exquisitas, así, copiando alturas, pero llevando en lo hondo otras alturas de mayor maravilla todavía....

Por su bondad, por su comprensión perfecta de seres y cosas, por su fraternidad íntima con ese Gran Todo que palpita de amor en sus estrofas, le fue dado el secretar con los secretos cósmicos.... Su finísimo oído de artista escuchó las voces de lo natural y de lo sobrenatural, su mano temblante de emociones puras se tendió hacia lo conocido y lo incógnito para sentir la caricia de los pétalos y del agua, o también de los misterios inefables.... Ahondó en sentimiento y toda hondura, buscó insistentemente los tenues hilos divinos que unen todo a todo, preguntó frente al cielo o al abismo esas preguntas de siempre que son fuego sagrado del alma poética... Es cierto, es bien cierto que este amar y comprender la vida en íntima y eterna belleza le dolió de especial dolor la vida, y por eso miró, miró tan alto y profundo, allá donde las estrellas tiemblan como lágrimas y las lágrimas se encienden como estrellas....

Su figura me es cordial en lo más hermoso y querido de la memoria.... El soñador era bueno, el soñador era manso, el soñador era justo.... Tenía en sus palabras tesoros de miel y ternura, en sus pupilas todo dolor pasado o presente había florecido en estrofas de belleza.... Su nido de amor, alegrías y tristezas era un nido de flores besado de aguas vertientes y habitado de jilgueros.... La naturaleza parecía abrazar a quien tanto la comprendía, amaba y cantaba....

Un destino injusto y cruel le conminó a últimos días de inenarrable dolor y sufrimiento.... La casa de los trinos y las fragancias, de pronto transformóse en la casa de las angustias, de los silencios torturados y las lágrimas.... Pero él se apagó cantando, cosas infinitamente tristes, sí, pero cantando, como el ave simbólica de las impolutas espumas....

Y no se apagó, y apenas si viajó a sus mundos propios desde antes de la vida de ahora, a los horizontes, al infinito.... Y se quedó con nosotros porque comprendió y amó lo grande y lo pequeño, el astro y el trino, el gemido y el pétalo, el día con su sol maravillante y la noche con su misterio exquisito....

Sobre el nido de sus ensueños, amores y dolores, el día cuencano teje amor dicho en belleza perfecta y los jardines florecen como flores sus estrofas.... Y la noche cuencana deja caer gasa de misterios infinitos, y el cielo florece como estrellas sus estrofas....

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

JUAN INIGUEZ VINTIMILLA

LA CONFESION DEL POETA

Placer! yo soy ministro de una Deidad muy triste:
no quiero que me busques.... Ni que me nombres quiero!
Proscrito a las regiones donde el Dolor existe,
como hijo de la Gloria, ser repatriado espero.

Me faltan los brocados que gastan los que tienen
en tus banquetes puesto; carezco de los dones
soberbios de las minas; mis obras no entretienen
a los que el alma llevan nublada de pasiones.

Apóstol de mi culto, las lágrimas recojo,
venero los andrajos, deploro el mal ajeno;
los tronos me repugnan, me ofende el manto rojo,
las conveniencias odio, sólo amo lo que es bueno.

No sé doblar el dorso, ponerme de rodillas,
besar pies que degüellan.... De hinojos solamente
a Dios....! ¿Por qué camino podré ganar orillas
al lucro y la privanza, sin empolvar la frente?

En esta cumbre austera, donde aislado vivo,
pan falta y frio sobra, pero hay independenciam:

se vive como pobre, mas no como cautivo,
y al oro con deshonra, prefiero la indigencia!

Abajo, en tus orgias, están las cortesanas,
jadeantes bajo el peso de sus joyeles de oro;
están esos galanes, si rubios, si de canas,
que nunca conocieron honor, fe ni decoro.

Están los que por vida traducen el sentido;
los que los ojos tienen para la luz cerrados:
los hijos de Epicuro, que aprecian lo vivido
por esa cifra negra, baldón de los honrados.

Allí, galones de oro traiciones simbolizan;
la seda cubre llagas, la adulación rencores;
las frentes más alzadas de sombra se matizan;
naufrajan las conciencias, y medran los errores.

Aquí, en mi aislamiento, do vivo solitario,
hermano de las alas, del Arte sacerdote,
me embebo en el excelso sistema planetario
de aquellos que no llevan sino la luz por dote.

POSTRER MONOLOGO DE SAFO

Al Eminente Bardo Azuayo Señor Doctor
Don Miguel Moreno.

Nada le queda de su historia muerta;
Es su alma grande y hállase desierta—
De inmenso océano lecho abandonado—
Sólo el recuerdo en el abismo zumba:
Es tan grande el cadáver del pasado,
Que sólo el alma puede ser su tumba!

Ruedan y ruedan en tropel las olas,
Cual suelen las ideas, cuando a solas
El pensamiento loco forcejea;
Sólo que el mar prosigue su camino
Sin intentar atrás volver el paso,
Y el pensamiento, sin cesar desea
En nudo atar el orto y el ocaso.

¡Safo infeliz! desde la escueta roca
Solemne pedestal del ave reina,
Los dos extremos de la vida toca
Con sus alas gigantes, extendidas,
Del negro abismo sobre la ancha boca.

¿Allá, qué existe en la brumosa orilla
A do lanzamos al nacer la quilla?
Rumor sordo de razas que pasaron,
De reyes que a los pueblos oprimieron,
De magnates que al fin desaparecieron,
De imperios que los siglos derribaron!...

¿Y atrás qué queda? La profunda nada,
Oscura siempre, rígida y helada,
Y doquier de la muerte el monumento:
Templos, estatuas, pórticos caídos,
Rotas columnas, arcos carcomidos....
¡El rastro nada más del pensamiento!

¡Del pensamiento!, del feroz verdugo
Que al cielo, incauto, concedernos plugo!
En la lidia perpetua nos mantiene;
Alza y derriba a su querer los tronos;
Profana los santuarios del misterio;
Monarca se proclama, y si no tiene
A quién hundir sobre la extensa tierra,
Ebrio, del cieno de los vicios se alza,
Y al mismo Dios declárale la guerra.

¡Safo infeliz! Desde la escueta roca,
Solemne pedestal del ave reina,
Sus recuerdos fatidicos evoca;
Le habla al mar, que imponente se retuerce,
Bramando cual Titán, en su hondo lecho;
Le habla, y es cráter de volcán su boca,
Y Etna encendido su marmóreo pecho.

II

"A quién amas, ¡oh mar!, a quién arrullan
Tus agrestes canciones? Yo tu idioma

Tempestuoso no entiendo... La paloma
Al lobo fiero nunca ha comprendido
Y se estremece, al escuchar su aullido!

¿Qué oculta afinidad tienen los sonos
De pavorosa y pertinaz venganza
Con que conminas, mar inconcebible,
Con los que alzan en mi alma las pasiones?
Cuando estallas con hórrida pujanza
En los diques de piedra de la costa—
Eterno gladiador de lo imposible—
Te asemejas a mi alma, que halla angosta
La senda del vivir, y que, imponente,
Al quererse vengar de quien le encona,
Cual tú a las rocas de brillante espuma,
De inmarcescibles lauros le corona
Y sigue su jornada entre la bruma.

Dale un rayo de tu ira, con presteza,
A mi pecho, y los dos, los dos seremos
Los tenaces y rudos adversarios
De esa raza sin alma ni nobleza,
Que rebullir en nuestro torno vemos.

El sol te ama, oh mar!, el sol te adora;
Porque el grande a lo grande se avecina:
Engendras tú el pavor; prende él la aurora;
Devoras; él tus hechos ilumina,
Y en tu seno de acibar, con sus besos,
El rayo y las tormentas elabora.

.....
.....
.....

Si tu alma fuera grande cuál la mía,
¡Oh!, cómo no me amaras, adorado
Faón! y cómo el sol inflama el día
Y anima con sus besos a la tierra,
Yo con los míos, ¡hay!, te animaría,
Y todo el fuego que mi pecho encierra,
Hirviente, lo vertiera en tus entrañas
Volcán de los volcanes furibundos
Serías; pero no cual las montañas,
Lanzaras fuego, que consuma al orbe:
Como yo arrojé, tú arrojaras mundos.

¡Mundos para los cuales atrevida
Robé fuego del cielo, al darles vida!
Y ahora, ¡qué dolor! Dolor más grande
De nadie el pecho lo hubo sustentado.
¡Verdugo un buitro fue de Prometeo;
El mío son las ansias del deseo,
Más grandes mientras más me han devorado!

Recíbeme en tu seno, fría nada,
Como idea sin forma, yo en su fondo
Vagaré; sin que fuercen mi jornada
Estos duros grilletes con que en lo hondo,
En lo hondo de mi ser, encadenada,
Como precita, a mi alma yo la siento.

Quisiera libre, como es libre el viento,
Las alas sacudir a mi albedrío
En las vastas llanuras del oceano;
Contrariar las soberbias pretensiones
Del miserable gusanillo humano,
Hundir sus naves y entonar canciones,
Canciones rebosantes de alegría,
Que ahoguen los dolientes alaridos

Que exhalen en su mísera agonía,
Al verse por mi soplo sumergidos!

Allá va un pescador. Hacia la orilla,
Hundiendo el remo en las tranquilas olas,
Impulsa con empeño su barquilla;
Que allá en el valle, con amor, le aguarda
Su idolatrada, su inocente esposa,
Que teme y desespera porque tarda.

¡Oh que suerte tan dulce y tan dichosa!
Tener una ilusión, una cabaña,
Una patria, una amante compañera,
Que, cuando hállese lejos, impaciente,
Las largas horas de la ausencia cuente!

¡Yo nada tengo aquí, ni en la montaña,
Ni por quién implorar en la ribera,
Ni un cortejo de rubios pequeñuelos,
Que jueguen del hogar junto a la lumbre:
Mi lámpara es la luna, y la techumbre
De mi hogar, los espacios y los cielos!

¡Existencia!, maldito cautiverio,
Fatal como el dolor y tan pesado
Como lo es evadirse de su imperio!
¡Fantasma que proyecta sobre el mundo
La sombra de su cuerpo, los dolores;
la huella de sus pies, el cementerio;
Sus acentos, el grito gemebundo
De huérfanos, viudas y mendigos!

¡Tú eres nada, existencia, tú eres nada,
Una nada monótona y sombría,
En cuyo triste seno, acelerada,

Desliza sus corrientes la agonía!

¡Oh desdicha!, arrastrar por compañero
El cadáver de amor, al cual le dimos
Con el más caro néctar de la vida,
Existencia en los ámbitos del pechol
Matar una ilusión que mantuvimos
Con el jugo del alma, que en el lecho
Acariciamos lánguida, dormida
En un luciente tálamo de rosas!...

Mas, ¿quién va allá? Sus alas, presurosas,
A la cumbre, batiendo, un cóndor vuela,
Y, alma que anima el páramo sombrío,
Sobre la cima, inanimada vela,
Irguiendo la cabeza, sin que el frío
Hiele su sangre. Los perpetuos hielos
Derritense, al contacto de sus plumas,
Y, el sol, al refulgir sobre las brumas,
Le encuentra allí, contento y vigilante,
Estrechando en el nido a los polluelos.

¡Delicias del amor, delicias santas,
Que acibaran los hombres con su anhelo
De sensuales y lúbricos placeres!
Sin hallarlos del vicio en las gargantas,
Blasfeman insolentes contra el cielo,
y empañan el candor de las mujeres!

También os persegui desatinada:
Arranqué el vuelo, al despuntar el día,
Entre los nimbos de una luz rosada.

El polvo que mis alas recubría
Hacia lento, a mi pesar, mi paso:
El peso me abatió, de la materia
Y, antes que el día, yo llegué al ocaso.

¡Oh noche de las almas infinitas!
Entre un vago tumulto de recuerdos
En vano, ¡ay!, el espíritu se agita;
Trémula tiendo, por palpar, la mano,
y hundo los ojos en el amplio cielo....
Silencioso y vacío está el arcano;
¡Porque es sin fondo el verdadero duelo!

.....
Basta, dolor! Entre las frías nieblas
Del polo vagaré, y entre las sombras
Que cobijan el mundo de tinieblas,
Rondaré, silenciosa, la morada
De él. No rozarán con las alfombras
De su sala mis pies ni mis vestidos,
Como un ensueño llegaré a su lecho
Y besaré sus labios tanto, tanto,
Que sean los aromas de su pecho
La perpetua embriaguez de mis sentidos.

En el suave nacer de la mañana,
Con el rayo de sol que en los cristales
Reluzca de su artística ventana,
Le enviaré mis sonrisas.... ¡Celestiales
Ensueños de la negra y fría tumba!
Esperanza de luz, cuando la noche
Circunda con su manto nuestras almas!
En el viento tranquilo, que en las palmas
Del cementerio, gemebundo zumba,
La voz escuchará de mis amores.

En mi sepulcro crecerán las flores,
Las flores de mi amor, las flores mías;
No tristes, como son las que las frías
Bóvedas de los pobres engalanan:
Mis flores han de ser mis ilusiones,
Y han de cubrir mis pálidos despojos,
Cual notas que remeden mis canciones,
Cual lágrimas caídas de mis ojos.

Ese rayo de luz tibio y postrero
Del sol, que en el océano se reclina,
Rodará sobre mi última morada,
Y será la oración, la prez divina
Que alce por mí, que solitaria muero,
Naturaleza: de ella consagrada
Me vi sacerdotisa.... ¡qué venero!
De grandeza y amor es el poeta!
¡Dichosa aquella que su blanca frente
Pueda, tranquila, amante y soñadora,
Posar en ese pecho omnipotente,
Do el mundo de la idea se elabora!

Lira, ya nunca vibrarán tus cuerdas,
Ni yo he de palpitar al casto beso
De sacra inspiración. ¡Vete al oceano!
Fuiste en el mundo gloria y embeleso,
No sea que alguien quiera profanarte,
Pretendiendo, ¡ay!, con insolente mano
Alguna de mis quejas arrancarte!

¡Anda, sublime, compañera mía,
Duerme en las olas. Que las olas laven
Las lágrimas de amor con que solía
Tus cuerdas empapar.... ¡La única tumba
Digna de ti es la mar, la mar bravia!

Descansar es preciso; pero siento,
Siento un dolor que el corazón me oprime.
Hay un brazo fatídico que esgrime
Dentro de mi alma acero misterioso,
En lidia con mi ardiente pensamiento.

¡Es la muerte, que lucha con la vida;
La porfia de la ola que se queja,
Al verse en su carrera detenida
Por granítica roca, donde deja—
Jirón de sus entrañas— sus espumas,
Postrera donación de despedida!

¡Qué bello será el día de mañana!
Su sol no me verá, ni sus calores
Han de abrigar mis miembros ateridos....
¡Pueden sus rayos marchitar las flores,
Calentar a las aves en los nidos;
Mas, no pueden dar luz a lo insondable!
¿Cómo ha de ser que mortecina tea
Alumbre los arcanos de la idea?
El sol.... todo el sistema planetario,
No pueden alumbrar, ni tenuemente,
De mi alma inmensa el seno solitario!

¡Oh mi dulce Faón!, tu nombre amado,
Al través marchará de las edades,
De mi nombre y mi musa acompañado!
Yo nací para amar las tempestades,
Y el mar tan sólo puede ser mi tumba,
Pues sólo él mis tormentas ha copiado!

Así, con esa voz y esos bramidos,
Que a los nautas los lleva estremecidos;
Así, con ese cántico salvaje,

Que hace temblar al corazón pequeño;
Así, de la tormenta en el lenguaje,
Quiero que arrulles, mar ¡mi eterno sueño!

.....
.....
.....

III

Desde la cima se lanzó a las ondas,
Y, al sentir en su abismo un nuevo abismo,
Quedó el mar en solemne parasismo.
Sobre él flotaron las sedosas blondas
Del traje de la hermosa poetisa;
Después, cerraron las nocturnas brumas,
Y, alegre, resbaló la mansa brisa
Sobre el sudario pálido de espumas.

.....
.....

ROMEO Y JULIETA

¡Palomas de amor ciegas! No tuvieron
árbol en donde colocar el nido,
y en el hondo silencio del olvido,
alternando las alas, se durmieron.

Almas amantes que de amor murieron:
Hero, Leandro, Ofelia, Cloe, Dido....
en los labios el dedo, sin ruido,
a proteger su sueño descendieron.

¡Así duermen! Parece lo que enflora;
pero ellos, que en el mundo no son nada,
exentos del hastío que devora,

Gozan tranquilos de la fe jurada:
¡la noche que los cubre es sin aurora!
¡no hay alondra que anuncie la alborada!

LA VIDA

Antes ola, burbuja, y después, ola:
Vida en la creación....
Tan hermosa y tan pobre!... un poco de aire
Y un destello de sol!

Si de esta vida nuestra nada es nuestro,
A no ser la aptitud para el dolor:
Somos el sentimiento en lo creado:
Somos el corazón....

REALIDAD

¿Qué es la dicha? Un ensueño que navega
¡Cuanto más pronto a naufragar, más bello!
Y que pierde en la playa todo aquello
Que le hizo tan amable, cuando llega.

Se parece a las velas de las naves....
¡Qué blancas y qué hermosas, cuando lejos!
Pero llegan al puerto.... Entonces sabes:
¡Son lonas sucias y liencillos viejos.

SENDA INFINITA

El placer del vivir es la tristeza
Del morir: pues la vida se resume
En la acción de la muerte. Luz que empieza,
Es luz que se consume!

Por la senda del tiempo van las vidas;
Pero al fin nadie llega.... ¡Si es tan larga
La senda y son tan cortas las medidas
Del óleo de la carga!

JUSTICIA

¡Mercaderes infames! ¡Malhechores
Qué jueces van a ser!... Que tomen su arma
Y salgan de facción.... Los salteadores
Producen, en verdad, menos alarma.

Ley?... ¡Ley!.. ¡Qué Ley? ¡El pan para los perros!
¿Criterio!... ¡La ignorancia es un cretino!
¿Probidad!... Voluntarios son sus yerros!...
¡Justicia!, el oro sabe su camino!...

EL POETA

Todo es triste:
Cuanto existe
Trasciende extraño dolor...
Queja loca
Busca boca
De escape en la creación.

Y el Poeta
Que se inquieta
Y ama cuanto ve en redor,
Llora y canta....
¡Misión santa
La de traducirle a Dios!

SOLEDAD

Bésame de un modo intenso,
Hasta hacer de los dos uno;
Que pienses lo que yo pienso;
Que sufras lo que yo sufro.

¡Ay de mí! Y esto es posible?
Para cada uno ha de ser
Sólo su vida vivible,
Cual si no hubiera más que él!

ASPIRACION

De todos los pabellones,
Doy preferencia al azul,
Que cobija a las naciones
Como bandera común.

Y de entre las madres todas
Me decido por la tierra,
Que puede invitar a bodas
A cuantos viven en guerra.

Si borramos las fronteras
Y unificamos el suelo,
En vez de tantas banderas,
Tendremos sólo una... el cielo.

LA DICHA

Estaba loca: a la cumbre
Subió del cercano cerro,
Creyendo que, con la mano,
Podría tocar el cielo.

No pudo, y a la siguiente
Montaña subió de nuevo,
Y cada vez más distante
Encontraba el firmamento

¡Oh locura de la dicha,
A quién no embriagó tu ensueño,
Sin ver que, de todas partes,
Igualmente te hallas lejos!

ME VOY MURIENDO

Yo siento que, a minutos, voy muriendo,
Y que a la par que muero resucito....
Cuanto yo pierdo gana el infinito:
En el voyme absorbiendo.

Está mi vida toda en torno mío,
Cual cuerpo astral que despidió mi ser.
La niebla blanca que amortaja al río
Era del río ayer.

Soy otro, y soy yo mismo... Me mirara
Alguien que años atrás me conociera
En el otro mi "yo", y, en mí no hallara
Nada del que antes era.

LA MUERTE

Del universo está en la arquitectura—
Arena o astro, carne o pensamiento—
Todo en el Todo... Enigma que fulgura,
El hombre ¿fuera de él tendrá su asiento?

La muerte, con su horror, es nueva forma
De perfección... El animismo interno,
Individual, no muere: se transforma,
Y, libre, se incorpora al Todo Eterno.

LA IDEA

Protagonista del inmenso drama
Que a la faz de los siglos representa
La humana muchedumbre; luz que ahuyenta
Las sombras que se apiñan; pura llama
Que, del sol en los rápidos corceles,
Llevando nuevos gérmenes de auroras,
Cruza la tierra y, al pasar, derrama—
Estela de sus plantas triunfadoras—
Progreso, Libertad, Ciencia y Laureles.

Invulnerable al vicio y la codicia,
La antorcha del saber lleva en la mano,
Y, al frente, como reina, colocada
De los pueblos, proclama la Justicia,
La igualdad, y echa al rostro del tirano—
Cual fruta criminal de sus afanes—
De las víctimas el odio y las entrañas,
Con el mismo furor que los Titanes
Contra el cielo pedazos de montañas.

Apenas de las razas que han pasado,
Como rayo de sol que, apasionado
En ánfora, reluce todavía,

La idea, en pleno y deslumbrante día,
Al través de los siglos marcha sola,
Y, en medio a las humanas tempestades,
Diseñando el perfil de las edades,
Es de los tiempos la soberbia aureola.

Enemiga tenaz del despotismo,
Con torrentes de luz ciega el abismo,
Interpuesta entre súbditos y reyes;
Suprime los cadalsos; dicta leyes,
Y, donde Marte colocó su espada,
Asienta, en beneficio de sus greyes,
De Minerva la cátedra sagrada.

Apoyada en la Fe hiende su prora
En el negror de la conciencia humana,
Como faro llevándose la aurora;
Y, mientras vive aprisionada al suelo,
Como que es de los ángeles hermana,
Mantiénese en coloquio con el Cielo.

Las altas cumbres con las alas roza,
Y de cúpulas y domos colosales
Se coronan las cumbres; poderosa
Roba al cielo sus notas celestiales
Y, a compás de los cantos inmortales
De Wagner, de Mozart, de Paganini...
Fecunda en creaciones,—
Obrera sin rival del pensamiento,—
Avanza despertando con su aliento
Del sueño del no ser a las naciones.

Cuando Ella ruge, se estremece el Cielo,
Los solios bambolean, con la frente
Sobre el ara apoyada el sacerdote,

Corrido del altar el sacro velo,
Solloza y de sus lágrimas la fuente
El silencio interrumpe de ese duelo....
¡Duelo de madre que en el parto calla!...
Y en la cumbre más alta de la Historia,
A do sólo da de águilas el vuelo,
De baldón coronados y de gloria,
Aparecen Voltaire y Maquiavelo.

Es en Asia Babel; es en Egipto
Moles gigantes cuya osada frente
Otea el firmamento; es Alejandro
Golpeando con el pomo de su espada
Las puertas infranqueables del Oriente;
Hijo mimado del sangriento Marte,
Bajo sus alas sofocando al mundo,
Al mundo que palpita a su mirada
Y a sus pies se prosterna, Bonaparte;
Y es Bolívar flameando su bandera,
Allá, sobre la cúspide nevada,
Donde el cóndor anida y el sol posa,
En la sien de la Andina Cordillera.

¡Nadie como Ella encadenó la Gloria
A su carro triunfal, ni nadie pudo,
De su propio esplendor haciendo escudo,
Afirmar para siempre la Victoria!
¡Nadie como Ella convirtió el deseo
En ley inquebrantable y por trofeo
Alzó, para columnas de la Historia,
San Pedro, el Partenón y el Coliseo.

En vano es perseguida y es en vano
En su carrera levantar murallas:
En sí lleva el poder: como el oceano,

Saltando diques, suprimiendo vallas,
Prosigue incontenible; los volcanes
Se inclinan a su paso, y, desde el cielo,
Como hogueras prendidas por Titanes
Al fin de la ascensión, miriadas de astros,
En los surcos trazados por su vuelo
Derramando la luz, marcan sus rastros.

Proscrita o sumergida en las prisiones,
Jamás se humilla ni se rinde al yugo,
Y en medio del dolor y el ostracismo,
Cual se fragua la luz en el abismo,
Para eterna lección de las naciones,
Para eterno sarcasmo del verdugo,
Toma formas de Dios y es en la historia
Temístocles, el Dante, Víctor Hugo...

Eterna como el Bien doquier palpita,
Doquier es luz, y juventud, y aroma;
Infinita en sus formas infinita
En su grandeza, brilla en toda parte:
Sublime en Grecia, inimitable en Roma,
Inaccesible junto al Himalaya...
¡Doquier es Gloria, y sentimiento, y Arte!

La Igualdad es su ley, y necesario
Fue que Dios la anunciara a las naciones,
A precio de su sangre y su calvario:
Con Cristo se inició la Democracia,
Con Cristo decayeron los blasones,
Desconocidos al principio en Asia:
SOIS HERMANOS Y A TODOS OS CONQUISTO
POR EL AMOR PARA MI REINO sólo,
Sólo pudo decirlo Jesucristo.

Ella es la aurora del naciente siglo:
Su luz baña las cumbres de la Historia;
Y del cielo y del mar himnos de gloria
Se elevan a su paso; que ya llega;
Ya en su torno a los pueblos les congrega;
Ya su trono lucir sobre la frente
Se mira del orgullo hereditario
De la sangre, y se estremece el continente
Porque es Ella la Virgen, la esperada,
Que trae, como ofrenda en la mirada,
"Semilleros de soles"; la que un día
Prendió en el corazón de Prometeo,
Donde el Genio sus alas sacudía,
Las ansias infinitas del deseo....
¡¡Salud!! ¡Es Ella! Al punto, pensadores,
Alzad altivos la arrugada frente
Y, a la luz de la aurora apetecida,
Suspendiendo un instante las labores,
El cántico entonad de bienvenida!

NOTAS Y COLORES

VI

Son los lucientes ojos de mi amada,
como de tarde el mar,
y mi imagen en ellos me parece
frágil navio que entre llamas va.

Son los rasgados ojos de mi amada
tan grandes como el cielo,
y, al mirarlos de cerca, me figuro
que música divina sale de ellos.

Son los oscuros ojos de mi amada
profundos como el mar,
y en su fondo palpitan las ideas
cual luceros en noche tropical.

Son los lucientes ojos de mi amada
tan claros como el cielo;
pero no tienen nubes: a toda hora
los miro transparentes y serenos.

XIII

Lo que es un beso? Es la cita
de dos almas que se adoran,
y que acuden a los labios
para conversar a solas.

Es la hoguera que dos llamas,
al unirse en una, forman;
es, del alma en las tinieblas,
el despuntar de la aurora.

XIV

Las aves vuelan, porque tienen alas;
el sol alumbra, porque tiene luz;
la luz calienta, porque tiene fuego....
todo eso haces.... ¡No sé qué tengas tú!

XV

Algunos me ven y rien;
yo les miro, y sigo en calma:
ellos apenas me han visto;
yo, les he mirado el alma.

XXVIII

¡Despierta, corazón, de tu letargo,
que ya despierta el día!
Las aves cantan y ella te sonríe,
¡despierta corazón; despierta y trina!

*
* * *

¡Descansa, corazón, ¡por Dios te ruego!
la noche se avecina!
¡Duerme!, no latas ni en los sueños creas,
aunque un puro soñar sea la vida!

*
* * *

Cantan las aves y estremece el aura
las aguas de la orilla...
Todo se yergue y al placer despierta,
¡tú, duerme, corazón, duerme y olvida!

XXXI

Como al través de un velo transparente,
Al través de los días que me restan,
Contemplo, no muy lejos,
La eternidad abierta.

Muy pronto he de arribar a sus umbrales:
Tengo andada ya más de media senda;
¡Senda que es sólo un punto
Por larga que ella sea!

Entonces, cual neófito, sentado
En el umbral de sus fatales puertas,
He de mirar a todos
Los que del mundo llegan.

Allí los he de ver sin aparato
Trasponer los umbrales de esas puertas,
En donde se desnudan,
A su pesar, los que entran.

También un día ha de llegar la hermosa
A quien adoro y que hora me desdeña:
¡Allí veré si su alma,
Como su cuerpo, es bella!

XXXII

Sus ojos azules, sus finos cabellos
Formados de rayos de sol,
Prometen ternuras, placeres divinos
Y un largo y dulcísimo amor.

Su talle gracioso de palma flexible,
Sus miembros de raro perfil
Despiertan enjambres de locos deseos,
Que el alma no puede sufrir.

Mas, ¡ay! en su pecho no late una fibra
Ni tiene cabida al amor:
Es virgen de mármol, de púrpura y de oro,
En bella y artística unión.

Atento el artista tan sólo a las formas
Que ostenta su hermoso exterior,
Por darle perfiles y líneas correctas,
De darle olvidó corazón.

XXXVI

Ayer, no más, de su jardín de visto,
Que, las últimas yerbas,
Por su mano arrancadas, a los cantos,
Se mantienen aún frescas;

Aún la tierra removida guarda
De sus plantas la huella,
Cual si recién hubiérase alejado,
Después de removerla;

Retienen los claveles el perfume
De su falda de seda,
Y, al aire, de su pelo, entre las rosas,
Se ven algunas hebras:

No falta un árbol, ni ha movido el viento,
Hasta hoy, ni una hoja seca:
Cual en mi alma, en su huerto. .! Para siempre,
Tal vez!... sólo falta ella!

Falta ella, y de mi espíritu en contorno
Se extienden las tinieblas....
¡Las vidas en el mundo se resuelven
En un.... él, o en un.... ella!....

LVII

Me acuerdo de tarde, cuando el sol moría,
Cobijando el mundo con tibios reflejos,
Sentados yo y ella de un árbol al tronco,
Me preguntó trémula lo que era el beso.

Callé. De las ramas del árbol, la noche
Colgó sus crespones en rededor nuestro;
Su mano en mi mano, su boca en mi boca,
Por largos instantes guardamos silencio.

¿Ya sabes —le dije— volviendo del éxtasis—
Lo que ha sido el beso?
De nuevo sus labios uniendo a los míos,
Me dijo temblando: ¡ahora sé menos....!

LXXIV

Si pretendes, poeta, que tus rimas
Te den puesto en el templo de la fama,
Cuando un infierno sientas en el pecho
Y ya no puedas soportarlo, canta;
Pero has de ver que tus estrofas sean,
La mitad corazón, la mitad alma.

XLIV

Si habéis sentido en la escabrosa senda
Del mundo, alguna vez,
Al dolor de las plantas desgarradas
Unirsele hambre y sed;

Si de la calle en el alar desierto,
Resuelto a perecer,
Os dejásteis rendir, porque un asilo
No había quien os dé;

Si al escozor de medigado harapo
Habéis sentido arder
La sangre en las arterias, presintiendo
Que rien los que os ven;

Si habéis amado con la fe primera,
Y cual sólo una vez
Se ama en la vida, a víboras de bronce
En forma de mujer;

Si a seres adorados al sepulcro,
Sin comprenderlo bien,
Tras de las andas, pensativo y solo,
Acompañado habéis;

Si habéis sentido la sangrienta burla
De espíritus sin ley,
Como gotas de plomo derretido,
En vuestra alma caer;

Si habéis sentido en ondas el deseo
En vuestro pecho arder
Y alzarse, como lava comprimida,
Hasta oprimir la sien;

Si vuestro espíritu, en vigilia siempre,
Espera un.... no sé qué....
¡Tal vez podréis de los que a solas lloran
La pena comprender!

LXXVI

Arroja de tu frente aquellas flores;
Arráncate esas cintas de los hombros,
Y, si buscas realce a tus primores,
Ven a mi pecho, anida en mis dolores....
¡Más bellas son las flores entre escombros!

LXXXI

Si acaso como el polen de las flores
Que, de la brisa entre las alas vuela
Y, distante, en los cálices abiertos
De otras cayendo, engendra;

Si acaso así, los besos, que entre sueños
Dos amantes se dan y el aire lleva,
Del éter en los ámbitos azules,
Engendrarán estrellas.

El número no sé que de luceros
Cada día aumentara en las esferas,
Ni sé si hubiera astrónomo tan sabio,
Capaz de hacerlos cuenta.

Mas si que existen labios impolutos
Que nunca se entregaron y demuestran,
No obstante, que han besado ya otras veces
La primera que besan.

Por que cada que desprecia el hombre
Ante las tumbas pobres
Y se alejan las flores
De todas las partes

LXXXIII

No has visto cual los vapores
Van formando, van formando,
Poco a poco, nubarrones
Que oscurecen el espacio?

Así en mi alma, de una en una,
Va cada hora, va cada hora,
Agrupando tantas dudas...
Que, al fin, reinará la sombra.

LXXXVI

¿Por qué será que inspiran más respeto
Aquellas tumbas pobres
Que no tienen más losa que un madero
Rodeado por el monte?

¿Por qué será que de las tumbas grandes,
Cargadas de inscripciones,
Tienen miedo de hacer nido las aves
Y se alejan las flores?

¿Por qué será que derramamos lágrimas
Ante las tumbas pobres,
Y sentimos extáticos que el alma
De rodillas se pone?

¿Por qué será que los brillantes tómulos
No arrancan oraciones,
Y la risa provocan con el lujo
Sus vidrios y retoques?

¡No sé; pero tal vez presente el alma
Una equidad que, incólume,
De más allá de la justicia humana,
A nuestro afán responde!

XCV

Espinar que, suspenso
De un abismo sin fondo sobre el borde,
Se desprende por grados y, al fin, cae
Al seno de la noche.

Arteria desgarrada
Que, tinta en sangre, como oscuro brote
Del caos, vibra sólo unos instantes,
Con lúgubres acordes.

Esclavo miserable
Que ha soñada ser rey, y, en pos de honores,
Del mundo hace teatro de sus locas
Hazañas de Quijote.

Ludibrio de lo absurdo;
Juguete de una ley que no conoce;
Ansia constante de algo que no existe
Y espera: eso es el hombre.

Eso es; y, sin embargo,
Cuando iracundo a batallar se pone
Y se encara al abismo, el cielo tiembla
En sus bases de bronce.

LOS ECOS DEL MISTERIO

Canta de suerte
Que se eleven tus cantares
Sobre el rugir de los mares
Y más allá de la muerte.

MIGUEL MORENO

I

Cerrad a lo terreno los oídos,
Y escuchad ese acento melodioso
Que nace sin rumor, y que se esconde
En la sombra... en la nada... ¡no sé dónde!
Y llega, sin herir nuestros sentidos,
A donde el corazón, ¡pobre leproso!,
Oculto su miseria entre latidos.

II

¿Quién habla allí donde jamás el hombre
Osó estampar su transitoria huella,
Parajes escondidos y sin nombre,
A do no entra la luz ni la querella

del ave resonó? Donde el misterio
Tiende sus alas de tenaz penumbra
Con tenue resplandor?....

III

Del cementerio

Entre las cruces impalpables vaga,
Mientras de hinojos, sollozando rezas,
Algo invisible que, al pasar, halaga
Las flores suspendidas de las huesas....

Cual bandada de blancas mariposas,
Que se elevara de viaje al cielo,
Acentos sin ruido alzan el vuelo
De entre el húmedo polvo de las lozas.
La idea va con ellos. Peregrina
De mundos do el amor muere de frío,
Al rítmico compás de las estrellas,
Se expande, cual un copo de neblina,
En el seno sin forma del vacío.

IV

¿Es el desierto el que sombrío asombra
cuando en su árido seno nos recibe?
El viento en sus mugidos a quién nombra,
El Simoún, de negros torbellinos,
Sobre la arena, ¿De qué ser escribe
El nombre misterioso?....

V

Fantásticas corrientes
De alaridos y voces incoherentes,

De quejas, de suspiros, de gemidos
Las selvas atraviesan,
Y el sueño de los bosques adormidos
Turban ecos de labios que sonrien,
Que cantan, que suspiran y que rezan....

VI

Temblorosas, cual aves sorprendidas
En sus pobres guaridas,
Al crujir bajo el pie la hierba seca,
De los campos, en todas direcciones,
Huyen notas de agreste resonancia,
Que en el alma nos ponen no sé qué ansia
De vagas y dolientes creaciones.

VII

¡Altos montes, sin fecha y sin historial,
Brotos fieros de horrendo cataclismo!,
Osamenta insepulta de gigantes
A cuyos miembros no bastó el abismo!
De vuestra habla las notas disonantes
En los siglos refresque la memoria
De las viejas edades, si vosotros
Mismos no sois las notas sin concierto
Del postrer grito que elevara el caos,
Por la luz que nacia al verse muerto!

VIII

¡Oh ríos que cruzáis por el desierto,
Como indómitos potros,
Llenando de pavor las soledades,
No en vano el cielo os concedió el idioma,

Hablad! y vestiré vuestras verdades
Con las formas divinas del poema,
De Grecia habladme y de la excelsa Roma;
Decidme el nombre que la tiranía
En vuestra lengua tiene,
Y enseñadme a forjar el anatema
Que a monstruo tan monstruoso le conviene.

IX

Tranquila está la mar; pero en su espejo
Un dedo traza ignotos caracteres,
Y las olas, desnudas cual mujeres,
Van rodando a cantar en las orillas....
La leyenda es verdad de la Sirena,
A quien tanto temía el mundo viejo....
Con letras de corales y de espumas
Escribe sus cantares en la arena.

De región en región las pardas brumas
La superficie surcan. Mensajeras
De pavor, a las naves viajeras
Rodean de crespón. Allí el combate
Entre la mar y el huracán empieza.
Se disputan la presa
Y es el navío un corazón que late.

X

Pero es tarde. La luz tras las azules
Montañas va cayendo,
Y al colgar el crepúsculo sus tules,

Si del temor de abajo,
Si de la fe de arriba,
De todo va surgiendo
Un himno que el espíritu cautiva.

XI

Las aves en sus nidos
Que cuelgan entre el húmedo mataje,
Lanzan, estremeciéndose, chirridos:
Han sentido una mano en su plumaje,
Una mano sutil como la niebla,
De un ser que se guarece entre la sombra
Espesa de los bosques, y a quien nombra
Con ecos sin ruido la tiniebla.

XII

¿Y después?... Nadal La lejana cumbre
Ciñe un nimbo de luz, de luz tan blanca
Cual la toga talar de las vestales;
A su pristina lumbre
Riela el agua en el áspera barranca,
Cual vivos filamentos de cristales,
Y, entre salves de incógnito lenguaje,
Que la saludan, la tranquila luna
Asoma en los confines del celaje.

XIII

Efluvios de risueña transparencia
El aire inundan, y al rozar, de paso,
Las regiones del éter, infinita
Resonancia de amor a la existencia,

El universo, rúmorosa, agita,
Y el día es engendrado en el ocaso.

XIV

¿Qué se alza allá donde el espacio muere,
A cuyas puertas brega el pensamiento
Sorprender codiciando los arcanos?
Harapienta silueta que refiere
Deshechas ilusiones, vuelos vanos,
Orgullos y ansiedades de un momento,
Levántase imprevisto... ¡Qué torrente
De recuerdos! Desfilan cabizbajos
Tantos gigantes de atrevida mente,
La mar de teorías, los trabajos
De tantos siglos... Pero el alma, sorda
Del pasado a la voz, vuelve a la lucha
Y con los tintes del arcoiris borda,
En el seno sin forma de la nada,
La victoria final, que el nuevo día
Con su brocha de luz deja borrada.

XV

Dadme alas: como el viento del desierto
Con la loca embriaguez del infinito,
Buscaré de los mundos más arriba
Mi ideal, que es tan pobre cual bendito.
Al rumor de las voces que en mi huerto
Entonan cantinela fugitiva,
Allá, do duerme el sol— rey en su tienda
De topacios y rosas—
De cara al cielo, me tendiera muerto.

Las galas opalinas,
Que cual garzas suspenden de los cielos—
Su tálamo nupcial— las amorosas
Tardes, serían mis mortuorios velos,
De mi tumba las lúgubres cortinas!

XVI

¡Cómo cantan las algas de la orilla
Su elegía a las flores,
Que, nacidas del alba a los fulgores,
Duermen ocultas ya el postrero sueño.

¡Cual rompe leve en su rosada quilla
El mar de lo ignorado el alma, y dueño
De su albedrío, raudo se levanta
Dejando con los grillos, en la cárcel,
Hasta el grano de polvo de su planta!

Ninfas sutiles, de flotante encaje
Vestidas, con el pecho las corrientes,
Como albos cisnes de ideal paisaje,
Surcan del aire, de sus inocentes
Labios rosas, vertiendo la ambrosía
Sobre las flores, que la noche brota
Para ornarle los pies al nuevo día.

XVII

Quien no cantó jamás venga conmigo
A los sitios que nunca profanados
Fueron del hombre por el enemigo
Pie, y el calcáreo seno
Sentirá derretirse en los sagrados
Ardores de volcánica medida,

Y enloquecido romperá en ameno
Y rítmico cantar, a cuyos sonos
Enmudezcan los mares
Y dejen de rugir los aquilones.

XVIII

Naturaleza, cuando el alba llega
Y de hopalandas húmedas vestida
En mis transportes de pasión te miro,
Luciendo tu turbante de zafiro,
Y más divina que una diosa griega
El coturno de perlas mal ceñida,
Desearía a tus plantas quede rota
Mi frágil existencia, si ella fuera
De tu inmenso esplendor la digna nota!

Si querías que mi alma recogiera
Los más tenues suspiros de tu pecho,
De tu ser los efluvios desprendidos,
¿Por qué albergue le diste tan estrecho
A mi fiel corazón?

XIX

Yacen dormidos—
Monarcas cuyas clámides azules
Teje la luz, de transparentes tules—
Los altos montes, reyes sin imperio,
Que el cetro renunciando, han preferido
Envolver su grandeza en el olvido
Y en los brazos mecerse del misterio.

XX

Cuando el furor divino me sublima,
Echo de menos dos potentes alas
Que me llevaran a la ignota cima,
Que en el cielo abre gigantesca brecha.
Allí, ya libre de terrenas galas,
Una copa de sangre de mis venas,
A tus pies derramara, ¡Oh Poesía!,
Para luego morir, como el sol muere,
Seguro de alumbrar un nuevo día!

XXI

¡Salve esposa sublime del misterio!
Aun cuando nunca sorprenderte dejes,
Yo seguiré tu sigiloso paso.
Tus ecos recogiendo— ya te quejes
O ya cantes— haré mis creaciones;
Y, cuando llegue a mi cercano ocaso,
Me arrullará tu voz, y tú mi guía
Serás en la sombría
Senda que ha de llevarme a otras regiones.

POR SU GLORIA

Poema declamado en la Velada que se organizó en honor del Sr. Dr. Dn. Remigio Crespo Toral, con motivo de su coronación.

"Padre y Señor de las alturas, esto se llama gloria?".

R.C. Toral.— Discurso de la coronación.

LA POESIA

La bendición del canto es la suprema
magnificencia de la mente humana:
es la bondad del astro que se quema
por darnos ,tras la noche, la mañana.

Es el ansia febril de la fontana,
que su nombre, al pasar, con flores nema:
es el fiat luciente que desgrana
estrellas en el cielo del poema.

Es fuego, y, como el fuego, purifica
de las pasiones la terrena escoria,
y del bien los caminos multiplica.

¡La vida de los pueblos, en la historia,
lucha de fieras, en horrores rica,
sería sin ese astro de la gloria!

EL POETA

Ser poeta es ser mártir: sacerdote
y hostia a la vez, a su deber propicio,
del humano dolor íntegro el lote,
tomando a costas, marcha al sacrificio.

Recibe sombras de su vida en dote,
y mago encantador, ¡ese es su oficio!,
hace que lumbre de esa sombra brote,
para dar de la luz el beneficio.

Condición de su ser es el ser bueno;
iluminar a que el hermano vea
y no manche las plantas en el cieno.

Tras cada obra, por grande que ella sea,
como el sol, de la humilde sombra el seno,
para en nuevo orto amanecer, desea.

EL TRIUNFO

De entre las palmas, es su amor la oliva
símbolo de la paz y la dulzura,
que del follaje inclina la espesura,
como el bardo la frente pensativa.

En actitud de ruego, llamativa,
da sombra y protección: es la frescura
de la nube que cruza por la altura,
a que el insecto diminuto viva.

La espiga más granada es la más triste:
nunca a los vientos su tesoro entrega,
ni los penachos de la vana viste.

Mas, cuando viene el día de la siega,
¡cuánta grandeza su humildad revistel,
ella tan sólo hasta las trojes llega!

REMIGIO CRESPO TORAL

Jamás la vanidad de la grandeza
hinche cerebros de grandeza llenos:
la cabeza vacía es la cabeza
que más se yergue, porque pesa menos.

Crespo tiene la noble gentileza
de mostrarse pequeño con los buenos:
contra el vicio despliega su realeza,
contra el crimen relámpagos y truenos.

La corona en sus sienas es la racha
de viento que, cruzando los trigales,
las espigas más prósperas agacha.

La apoteosis para él son funerales:
tiene algo cruel como el crujir del hacha
descuajando una selva de ideales.

VANITAS VANITATUM. . . .

¡Señor, esto es la gloria?, desolado,
de pie sobre la cumbre, clama al cielo.
¿A do llevar el poderoso vuelo,
si no hay espacio porque ya ha llegado?

A cuantos hubo en torno congregado,
para enseñarles el divino anhelo,
tan lejos!, tan abajo se han quedado!,
que siente en su alma del vacío el hielo.

Este pueblo, poeta, que está ahito
de tu agua, y al que regia vestidura
le has vestido, oye de tu angustia el grito;

Y pide al Dios, que vive allá en la altura,
por piedad, que una gota de infinito
derrame en el vacío de tu hartura.

EL SILFO

En las noches de luna, oigo el ruido
De sus alas sutiles. Como brisa
Susurra entre las hierbas. De su risa
Huele el rumor a bálsamo vertido.

A los duendes jugando en los vergeles,
De las flores se oculta en los estambres,
Y así mezcla del polen los enjambres,
Matrimoniando rosas con claveles....

Más pequeñito que una mariposa,
Son sus alitas de crepé de seda
Dos blancos pétalos de tuberosa.

Quando hablan dos amantes, él se enreda,
Y, a veces, ¡ay!, como entre rosa y rosa,
Preso de una ala, si se besan, queda.

RUNERALES REGIOS

¡Es la angustia final! Es el instante
supremo del dolor! La angustia frente
entre cojines escarlatas hunde,
y de la muerte al resfriado soplo—
porque hasta para el sol la muerte es fría—
de tibia claridad los artesones
y cortinajes de su alcázar baña.

Allí está el Rey que, de amatista y oro
la túnica ceñido, con tristeza
tiende los ojos en redor, y, amante,
a los astros, sus hijos, acaricia
con el lampo final de su mirada.

Sobre el claro arrebol del firmamento,
tálamo augusto del monarca anciano—
vasallos fieles que a su muerte asisten—
las montañas crestadas se perfilan,
y desde el fondo de los valles se alza
la voz de la elegía de la tarde.

Los vientos mustios de pesar, las alas
caídas y sin ánimo, se tienden

sobre la muelle hierba de los prados;
ni una hoja agita el céfiro travieso;
las flores cierran pálidas el cáliz,
sobre el cual brillan temblorosas lágrimas;
las aves callan, e impaciente el buho,
que las sombras aguarda, el cuello asoma
por la grieta do vive; mientras lentas—
cortesanas del sol— las blancas nubes
a lo profundo de las queiebras bajan
y, arrodilladas sobre el musgo verde,
cual rebaño asustado, hunden el rostro
de lágrimas cubierto, entre los pliegues
de sus movibles y plateadas togas,
cuyos contornos de escarlata tiñe
la sonrisa postrera del amado.

¡Es la angustia final! Es el supremo
instante del adios! Sus imperiales
ropajes viste; vacilante se alza
en todo el esplendor de su grandeza,
y, temblando, temblando, poco a poco,
como un inmenso corazón que late,
en las aguas rubí del oceano,
va hundiéndose y hundiéndose.... y su lumbre,
huyendo de la sombra de la hondura
que la persigue, presurosa asciende,
y sube, hasta borrarse de las crestas....

¡Murió el rey de la luz! La brisa gime;
en el cáliz doliente de las flores
las lágrimas titilan; sobre el borde
de su guarida graznador el buho
alegre salta; las flotantes nubes,
por la sombra empujadas, silenciosas

desfilan, y se enciende el infinito
con las flores de luz de las estrellas.

¡Oh muerte augusta! ¡Funerales de oro!
del sol postrero que Colón mirara
desde su lecho de miseria y muerte!
de su émulo siguiendo, supo al seno
del abismo arrancar un nuevo mundo!

¡Cuan distintos!, ¡Oh Dios!, son los papeles
del hombre y de los astros!, Colón triste,
en sus miembros sintiendo aún el frío
de las cadenas, y en su pecho el hielo
matador de la injuria de los hombres,
muere solo, y ni espera que en su tumba,
igual que la del sol, brillen estrellas!

GLORIA SUPREMA

(Fragmentos)

CANTO QUINTO

Ante un pelotón el reo;
En un flanco el comandante.

SALVADOR DIAZ MIRON

Se anunció una revuelta... una disputa
de ambiciones de mando, y la recluta
llenó el cuartel de víctimas, Obreros
y campesinos, del hogar restados
a fuerza de armas, eran encerrados
lo mismo que un rebaño de corderos.

Y nadie protestaba. Cabizbajos,
huraños, recordando sus trabajos
interrumpidos, su familia hambrienta,
lloraban en silencio, con los dientes
apretados, cual símbolos vivientes
del honor al servicio de una afrenta.

Llegó, por fin, un mozo: los vestidos
lleva hechos jirones, y rugidos
daba de fiera. Apenas desatado
fue, se lanzó sobre la guardia; pero
cayó de golpes bajo un aguacero,
y fue en un calabozo arrinconando.

Al otro día, para hacer la lista
de los reclutas, a pasar revista
estuvo el Comandante.— ¿Y el valiente?—
preguntó. Entonces se le sacó al mozo
bañado en sangre, todo tembloroso
y las greñas cuajadas en la frente.

Le miró el jefe con mirar salvaje,
y ordenó con lacónico lenguaje:
—Cincuenta palos, y a las filas! —Ciento!—
suplicó el condenado— si la puerta,
a cambio de ellos, se me deja abierta:
mi madre quedó enferma y sin sustento!

Halló una palabrota por respuesta,
y cuando quiso el paso a la protesta
abrir, un subteniente de planazos
le cargó; un cabo le arrastró en seguida,
y después de aplicarles su partida
de palos, lo enfilaron a varazos.

Qué horror! Qué horror! Pasado el ejercicio
me acerqué para hablarle... Dulce oficio
el de regar un poco de consuelo
que a nosotros nos falta! Como un dardo,
una mirada me clavó, y con tardo
acento murmuró: —¡Lo dejo al Cielo!—

Su desconfianza comprendí. Creía
que era una de esas fieras... no sabía
que la desgracia nos hacía hermanos:
que el encono de su alma era mi encono,
que le llevaba en medio a su abandono,
a fe de afecto, un apretón de manos.

El conoció mi lealtad en breve;
y desleída a mi calor la nieve,
que la atería el corazón, me dijo:
—¿Ha visto usted estupidez más cruda?
Que a mi madre que muere no le acuda!...
Hasta por caridad... no digo un hijo!...—

Después quedó en silencio. La cabeza
sobre el pecho inclinada, la flaqueza
del llanto combatía, que pugnaba
por derramarse, y que acabó en dos gotas
gruesas... ¡Acaso de las fibras rotas
filtrándose al través, se le escapaba!

Cual si hablara consigo, en el desierto
del interno abandono, sin concierto,
balbució despacito:— Fue la guerra
la que el esposo le quitó; y ahora,
le quita el hijo... ¡Suerte destructora!
¿Cómo quieren que amemos esta tierra?

Solita ella, a merced de las vecinas...
esperándome... Ni pan... ni medicina...
Le vine a buscar vida, y va a la muerte!...—
Hizo una mueca de dolor; el pecho
se oprimió con las manos, y derecho
cayendo para atrás, quedóse inerte.

Yo le atendía, cuando vino un cabo
de servicio, tan torpe como bravo
con los pobres reclutas. Al bagaje
que cae le alza a palos el arriero.
Fue tratado mi humilde compañero
de manera más cruel y más salvaje.

—¡Ya estoy bien! Ya estoy bien!— Y no sabía
que no puede enfermarse?— repetía
el cabo, y el enfermo: No!, Dios mío!
cómo lo iba a saber!... Si ya estoy bueno...
Perdóneme! Ya basta!... Estoy tan lleno...!
Y temblaba al rigor del calofrío.

Cuando quedamos solos, en sollozos
se deshizo, con hipos, y llorosos
los ojos, protesto:— Se nos ensaya
para la guerra!... Que del hombre quede
lo que tiene de fiero!... ¿Cómo puede
dar la Patria lecciones de esta laya?

Pasó ese día, y al siguiente, obtuvo
noticias de su madre, que las hubo
llevado una vecina. —Si la aurora
le había dicho, la encontrara viva,
fuera un milagro—; y aumentó su esquiva
conducta en proporción desgarradora.

Entre tanto, la alarma se acentuaba.
Arma al brazo dormíamos. Velaba
un centinela en cada esquina. Había
rumores desastrosos... La noche esa,
cometió el infeliz la gran torpeza
de desertar estando de vigia.

Aquello fue para morir!... Consuela
sentir el mal ajeno: nos revela
que somos racionales! Destacadas
tras él fueron escoltas. Era un hecho
que estaba de su madre junto al lecho:
allá se dirigieron las manadas.

No hubo nada que hacer: allí se hallaba
sosteniendo a la enferma. Agonizaba
la mujer infeliz entre los brazos
del pobre desertor... ¡Maldita sea
la guerra cien mil veces! ¡Qué tarea
romper dos corazones a sablazos!

Apenas nos vió, sin decir nada,
nos clavó suplicante la mirada...
Parece que temía que en la cuenta
caiga la moribunda. Mas, en vano
fue toda precaución, porque el tirano
del jefe le arrastró, cual tigre hambrienta.

La moribunda se esforzó en el lecho,
queriendo incorporarse; de su pecho
salió un gemido, y cayó a plomo.
El joven suplicó se le permita
amortajarla; el jefe, a tal cūita,
llevó la mano de la espada al pomo.

Fue agredido y a planazos entregado
a la escolta... Jamás he presenciado
escena más infame! El calabozo
le dió asilo y fue la barra el suave
cojín do descansó. ¡Sólo Dios sabe
lo que pensó esa noche el pobre mozo!

De allí, días después, ante el Consejo
de guerra fue llevando. Qué despejo
en hablar demostró!— No creo— dijo—
que he cometido ningún crimen: fuera
esta vez, a no dudar, la vez primera
que sea crimen el amor de un hijo!—

El defensor patentizó su ciencia
en sublimes torrentes de elocuencia;
el auditorio se mostró de suerte
que se imponía... Todo presagiaba
la absolución. Mas, la consigna estaba
dada, y fue el pobre condenado a muerte.

Parece que estoy viendo! El día brilla...
Son las ocho... Le sacan de capilla...
Tocan tropa... Disponen la parada
en cuadro, del cual queda un flanco abierto...
Allí el reo... una descarga... luego un muerto,
y después la macabra desfilada...

Los años pasarán, y en mi memoria
persistirá la escena! ¡La victoria
estaba asegurada!... Desde ese hecho
ya no pensé sino en huir: me hallaba
solo en medio de lobos, do se hollaba,
a pretexto de ley, todo derecho!

¡Oh! Y es esto el Poder y la grandeza!
Sobre un trono de sangre la realeza,
y en la sombra el dolor sin esperanza!
¿Hasta cuándo serán las sinrazones!
¿Su valer hasta cuándo las naciones
fincharán en los medios de matanza!

Como el ave en la jaula nunca deja
de buscar al través de cada reja
la salida, por más que a cada intento
encuentra un desengaño; así buscaba
yo la ocasión, sin que a mi anhelo traba
sea del desertor el fin sangriento.

¡Cómo creer que el ciudadano pueda
reducido quedar a simple rueda
del mecanismo del Poder! Que dado
le sea al que gobierna, como a bicho
venenoso, inmolarlo a su capricho,
porque no quiere asesinar forzado?

¡Cuánto deseaba contagiar mi empeño
a todos, para ver, al que por dueño
se tiene de la hacienda y de la vida
del pueblo, tiritar de desventura,
mirando que el poder no se asegura
sino a virtud de protección y egida!

Vana esperanza! En tanto que la ciencia
de las masas no esplenda en la conciencia,
y el sol de la razón no encienda el día,
habrá siempre oprimidos y opresores:
¿sí al poder sólo van los vencedores,
cómo han de gobernar sin tiranía?

.....
.....

CANTO NOVENO

.....
.....

Preguntado una vez acerca de eso,
replicó agrio:— Robar la miel del beso
es crimen, ¿destruirla que sería?...
No hay ser que no ame, y el amor reclama
la suprema piedad.... Para él la rama,
el rocío para él, para él el día....

No hay muerte que no encharque en sangre un nido.
Vivir es ser ensueño o ser latido
de otro ser en el mundo. Desde el lodo,
intenso el grito del amor se eleva....
es el tributo que la vida lleva
al himno indeficiente del Gran Todo.

Turbar ese himno!.... Arrebatarle notas?...
Y calló. Al irse cual si fibras rotas
llevara en su alma.— Tumbas y conventos
nadan en lágrimas— me dijo— paso,
con ese tenue susurrar de raso
con que hablan en los árboles los vientos.

Recorre la montaña como loco,
gesticulando. Avanza, poco a poco,
cial si buscara entre el follaje espeso
algún ser diminutivo y, derrepente,
queda lelo, mirando inmensamente
cualquiera bicho, sin dejar el rezo.

Se pasa días llenos, burilando
estrofas en los troncos; declamando
cosas extrañas a las mariposas:
—Sois flores y por eso amáis las flores—
les dice— y Dios protege esos amores
poniendo aroma y néctar en las rosas—.

De un árbol he leído en la corteza,
escrito por su mano:— La grandeza
de Dios hay que buscar en lo pequeño.—
Leí en otro:— La vida es el martirio
del alma por la carne; y, como el cirio,
para no padecer ansio el sueño!—

Si llega del Toray a las orillas,
escucha horas enteras. De rodillas
sae después, y a voces dice al cielo:
—Yo te he visto, Señor, en los cristales
de esta fuente: hanme hablando sus raudales
de tu bondad: ¡Señor, dame consuelo!—

.....
.....
Si por acaso en su camino topa
con algún pequeñuelo, como estopa
se inflama de cariño: —¡Flor de vida!—

le llama— ¡Savia nueva! ¡Luz naciente!—
le obsequia, le acaricia y en la frente
le besa con fruición desconocida.

—Amad a los pequeños— aconseja—
porque son ellos de la vida vieja
la sangre nueva! ¡Alegre cada choza
un grupo de granujas! El retoño
reemplaza al árbol: fruto es en otoño,
y en primavera perfumada rosa!

.....
.....
Una vez le encontré mirando un nido,
tan honda y tiernamente conmovido,
que no advirtió que estaba yo presente:
—Prodigio del amor! Prodigio santo!—
decía— ¡Gama donde duerme el canto
de la existencia! Diminuta fuente.

De los océanos que la tierra, el viento
y el agua llenan! ¡Bíblico elemento
de las naciones! Nido, yo te adoro!
¡El fiat eres tú de cuanto vive,
y en tu latir exiguo se percibe
la voz del Dios de las estrellas de oro!

Un día que pasaba por su lado—
—Campesino— me dijo— de este prado
habitador (y estaba en la montaña)
podrás decirme quién este letrero
grabó en este árbol? Lleva un mundo entero
de amor y de dolor su cifra extraña!—

—Usted— iba a decirle, pero tuve
miedo.— No sé— le contesté— y detuve
el paso para ver:— Si la subida
es triste, la llegada es la amargura;
nada hay más desolado que la hartura,
porque el hambre es el astro de la vida!—

.....

.....

C U E N C A

Gracias te doy, Señor, porque me hiciste
del limo de esta tierra bendecida,
y en el alma, a que le ame en la medida
de tu amor, la ternura me pusiste.

De tantos paraísos como hiciste,
ninguno como Cuenca, donde anida
la torcaz del ensueño, y es la vida
embriaguez de ascensión, no cárcel triste.

De sus hijas la bíblica hermosura,
de sus ríos los mágicos conciertos,
sus horizontes.... Todo habla de altura.

En sus cielos, sus cumbres y sus huertos,
como la amas, Señor, la luz fulgura
de tus ojos sobre ella siempre abiertos.

T R E N O

Al Maestro Remigio Crespo Toral
en la muerte de su hijo Teodoro.

En esta vez, Señor, aunque eres justo
te has excedido en el dolor.... Le diste
este hijo a la vejez ¡Oh Dueño Augusto!....
A que alumbre su senda lo encendiste....
A que su apoyo sea le ofreciste....
¡Y le quitas, Señor!....

Tan hecho estaba
a él, como a las alas lo está el ave,
como el báculo al ciego.... Era la llave
del cofre escaso de sus alegrías;
alegrías de viejo, con tristeza
de sol que se despide, a las que él daba
el matiz rosa de los muertos días,
y el toque azul de días de promesa.

¿De qué le sirve hoy día la grandeza
de su alma soñadora? Mal presente
es ese en el dolor, porque le obliga,
Señor, al sufrimiento doblemente....

Que es obra tuya le dirá la mente;
pero, ¡ay!, el pensamiento no mitiga
al corazón, Señor, que se desliga
hasta de Ti, cuando de veras siente!....

De su existencia en la capilla ardiente,
en donde— sacerdote de martirio—
oficiaba el ensueño, has apagado,
Señor, la luz, el postrimero cirio
que le hacía habitable.... ¡Cuan oscura
está ahora! En el vaso del recuerdo,
las virtudes del hijo que ha partido,
de azucenas marchitas el perfume
tristemente derraman, y más honda,
hacen la soledad....

¡Señor, responda
al poeta tu voz.... Arde el incienso
pero no aroma cuando es muy intenso
el fuego que lo quema.... En la capilla
desolada de su alma tu luz prende....
Si no quieres, Señor, romper la arcilla
de su escogido corazón, extiende
sobre su espíritu el nevado lienzo
de resignada paz, si no de olvido,
porque olvidar no sabe el que ha nacido
del canto, ¡Oh Dios!, para el destino inmenso.

CONSAGRACION

Señora:

De vuestro corazón en la colmada
copa, ¿cabrá una gota de mi vino?
Es de uva de mi viña, fermentada
en las odres de anhelo de un camino....

Aceptadlo: produce él embriagueces
de luz.... de inmensidad.... de azul de altura....
Vuelve ingravidas tantas pequeñeces,
y al amor alas de ideal procura.

La hartura del placer trae el vacío;
y una gota de ensueño, revertida
sobre la entraña que secó el hastío,
su sentido devuélvele a la vida.

ANHELO

Yo no era nada, cuando fui traído
de la vida al banquete.

 Mi existencia
es un cuento de Grimm.... es un pasaje
de las Mil y Una noches....

 ¿Quién me trajo?
Le veo en las grandezas con que he sido
rodeado por su real munificencia....
De humilde gratitud el vasallaje
me obliga a El....

 En mi interior le siento
cual luz, palpitación y pensamiento,
y es belleza y armonía en torno mío....
Pero a mis ojos huye....

 Mas, confío
que un día, dadivoso, a mi indigencia
la limosna le hará de su presencia.

¿.....?

En aqueste aparente aislamiento
en que me agito,
soy del Cosmos forzoso cumplimiento,
molécula vital del infinito....

Nada importa la forma: es pasajera
y deleznable....
La nave queda rota en la ribera,
y emigra lo sidéreo, lo impalpable.

Por el polvo arraigado a lo presente,
tiendo al futuro,
igual que al equilibrio la corriente
y el barco al puerto donde anclar seguro.

Un afán permanente y no saciado
llena mis días....
Lo que anhelo alcanzar, cual lo alcanzado,
¿serán para mi sed copas vacías?....

EXTASIS

Del bosque de naranjos que rodea
mi morada, de noche cuando orea
el viento, los perfumes en oleadas
penetran, y son luz en las cerradas
estancias de mi espíritu....

Mensaje
de soñadas fruiciones, que el lenguaje
me hablan de cosas que se encuentran lejos,
y son tan prodigiosas, que los días
y las noches apenas son reflejos
de aquellas insondables armonías....

Y en mi laceria siento al Infinito,
y como átomo animico palpito
en el océano de sus alegrías....

CIRCULO PERENNE

¡Abstraerme en el tráfigo del día
para elevarte una oración!...

Al sueño
del cansancio evadirme por la noche...!

De este vaso de barro siendo dueño,
ante quien me lo diera lo abriría
como abre el lirio al sol su niveo broche.

La vida nos liberta de la vida
en su fuga constante; y por la puerta
del afán penetramos al reposo.

Partimos al azar de la escondida
ribera, navegando en mar abierto;
y después de vagar de puerto en puerto,
volvemos siempre al punto de partida.

OYENDO CANTAR UNA CANCION MIA

Juventud!... ¡Juventud, cuán lejos quedas!...
Espejismo de un día en el desierto...!
¡No sé si fue ilusión, o si fue cierto
que me envolviste en tus lucientes sedas!

Pasan del tiempo las aladas ruedas
sobre tanto ideal lejano y muerto;
y voy, como un escombros recubierto
de polvo, en pos de todos los Aedas.

Vienen detrás las nuevas caravanas
cantando mis canciones del pasado
a deidades que hoy son rosas tempranas;

Y en espíritu me siento incorporado
a los que hoy, viendo con horror mis canas,
sin conocerme, pasan a mi lado.

ANHELOS

Yo quiero que mis versos
no tengan más palabras
que las indispensables
a que una idea lata.

Que dentro mis estrofas,
otro rumor no haya,
que el que hacen agitándose
para volar dos alas.

Que, como un foco eléctrico,
ofrezca cada estancia,
luz pura, tras el tenue
cristal de la palabra.

Que nada empañe el brillo
de mis ideas, ni haga
que obstáculos encuentren
para alumbrar las almas.

A UNA FLOR

¿De dónde vienes flor? ¿Cómo te asomas?
¿Qué mensaje me traes? Tus aromas,
tu forma, tu estructura y tus colores
me hablan de amores.

¿Quién sin amarme, hiciérame presentes
tan delicados, bellos, sonrientes?
Tienen ellos de sol, de miel, de altura,
y son ternura.

¿Cómo puedo dudar de que esto viene
de quien cuidado de asistirme tiene?
Instante por instante, ¿no es la vida
una flor muerta y otra renacida?

Benefactor sublime y misterioso,
que en el hanquete universal presides
y vigilas mi afán y mi reposo,
¿qué hallaste en mí para que no me olvides?

LA EPOPEYA DE LAS CUMBRES

(Fragmentos)

.....
.....

EL DILUVIO

Esta es la tragedia que las cumbres—
páginas de granito sin erratas—
refieren a las nuevas muchedumbres.
Sobre ellas descender las cataratas
sintieron de las aguas superiores
y del fondo ascender las inferiores:
llenar los valles, escalar los montes,
y las cimas sorbiendo de una en una,
borrar y confundir los horizontes,
hasta hacer de la tierra una laguna.

La vida se debate con rugidos,
con voces, con lamentos; los que unidos
al fragor infernal de los torrentes,
al retumbar del trueno, a los bramidos
del huracán y el azotar tremendo

de la tormenta, cantan la elegía
del estrago.... Los cárdenos reflejos
del relámpago— chispas de la fragua
de las iras de Dios— sobre el estruendo
sus pinceladas de pavor extienden,
mostrando por doquier montañas de agua,
que empujadas viniendo desde lejos,
se chocan, se derrumban y se tienden.

Las alturas semejan canastillas
de gente, que al amor de la esperanza,
agolpada clamorea de rodillas,
bajo el turbión y el rayo que fulgura,
mientras el agua avanza y siempre avanza....
Ya les llega a los pies.... a la cintura....
a los hombros.... Al último alarido
sucede el pataleo sin sentido
y la que cumbre fuera ya es hondura.

El amor es eterno. ¿Qué mancebo,
con la amada a la espalda, ambos desnudos,
no nada entre cadáveres! Ya mudos
de cansancio y pavor, y sin renuevo
para sus fuerzas en la lucha triste
de buscar una orilla que no existe....
Rendidos cejan en su afán.... La suerte
negra maldicen que a su amor le toca....
se estrechan con pasión, boca con boca,
y al misterio se entregan de la muerte.

Las madres.... ¡pobres madres!, son racimos
humanos.... Son racimos que padecen
al igual por cada uno de sus granos....
Besan.... abrazan.... gritan.... desfallecen.
No aceptan que así mueran los opimos

frutos de su amor. Ya desaparecen,
y sobre el agua aún sus blancas manos,
como una ofrenda levantada al cielo,
sostienen al más tierno pequeñuelo.

Las aves, teniendo alas, sin asilo,
sin una rama do posar.... mojas;
dispersas unas, otras en bandadas,
después de un prolongado e intranquilo
revolar sin objeto.... fatigadas
descienden al azar, aún abiertas
las alas, a morir, o casi muertas....

Protagonista Dios; los elementos
ejecutores de la horrible escena,
en la que actúan locas, desmedidas
todas las fuerzas, las potencias todas
del Cosmos: tropas de impetuosos vientos
pavorosas Euménides beodas;
mares que invaden zonas florecidas,
al derrumbarse en ellos las montañas;
inmensas trombas, negros torbellinos
que elevan troncos como leves cañas;
volcanes que espantables remolinos
forman sorbiendo hidrópicos las aguas,
y, luego, las arrojan de sus fraguas,
bramando entre epilépticos temblores,
convertidas en lava y en vapores;
la tierra en convulsión; la luz ausente,
el horror por doquier, y ni un viviente.

El agua ya no es agua: es gelatina
de lágrimas, de sangre, de excrementos
y carne putrefacta; amalgamados
con metales y artículos de mina,

piedras, selvas, y huesos triturados....
De ella se encargan para hacer los vientos
de la tierra la nueva arquitectura,
de suerte que toda ella un paraíso
sea de climas cada cual diverso,
a que pueda la humana criatura
vivir cualquier rincón del Universo.

Nada queda donde antes; y las gentes,
al impulso feroz de las corrientes,
estrelladas, deshechas y sembrados
sus huesos, al azar, en ignorados
parajes, lejos del rincón nativo,
bajo bancos de légamo.... ¡Qué guerra!
¡Qué honda transformación! No fue motivo
purificar y restaurar la tierra:
fue poner dique a la soberbia humana,
que negaría el propio cataclismo,
en el orgullo de su ciencia vana,
pidiendo testimonios al abismo.

Ha triunfado al Señor: el Dios Eterno
que castiga en los hijos los delitos
de los padres: el mismo que el Infierno
prendió para los ángeles precitos:
el mismo que celoso de su culto,
realizando sus planes infinitos,
todo otro deja sin piedad sepulto.

Cesó al fin el estrago, cuando el agua
habíase elevado quince codos
sobre los montes más altos. Muertos todos,
disueltos, hechos légamo, tan sólo
cubría espeso liquido la esfera
en toda su extensión de polo a polo.

Y, cual una visión, una quimera,
único dueño de la tierra entera,
conducido por Dios, iba el Patriarca
Noé con su familia dentro el Arca.

.....

.....

LA DISPERSION

Señalado su paso con hogueras
queda sobre las cumbres. Van regando
el polen de naciones venideras,
ya en las vertientes del Altais, que nace
sobre el Mar Caspio y cruza la Siberia
a beber el acibar del oceano;
y ya por las del Tauro, el soberano
de las cumbres, que, abriéndose en ramales,
va de la Persia hasta la gran Bucaria.
En el camino, entre sus brazos ase
al desierto de Cobi, junto al cielo
y es Imao en el Eygur y la Songaria
e Himalaya en el sagrado suelo
de las castas y dioses fantasmales.

Mientras otros, cruzando la montaña
donde Jove extremó su tiranía
en el Titán benefactor del hombre,
por las regiones que el Tanais baña,
derramándose, avanzan dando nombre
a cuanto ven. Su larga travesía
queda de pueblos por nacer sembrada;
ganan los Alpes y hacia el Mar Tirreno

o al Atlántico bajan. Apeninos
y Pirineos brindales posada
en los valles que albergan en su seno,
presintiendo de Europa los destinos.

Entre tanto, del Libano al abrigo,
van los hijos de Cam al Continente
que en suerte les tocara. Por la orilla
espárcense del Nilo, y floreciente
su testa alza el país de las Pirámides,
y Tebas la opulenta, y toda esa
tierra de bendición, y cuya espesa
muchedumbre arrastra blancas clámides
y ciñe de turbantes la cabeza.

.....

.....

FRUICION

¡Oh qué hermoso es, Señor, a los jilgeros
oirles cómo charlan en las ramas!
De Ti me hablan, alegres mensajeros,
que vienen a decirme cuanto me amas.

Maestros de arte, ¿en dónde aquellos trinos
ensayaron? Cantores del palacio
vivo, en el cual tu inmensidad dilatas,
a mi oído repiten los genuinos
acentos de tu música...

Qué gratas,
sin entenderlas sonme esas canciones!
Se me ensancha el corazón al sentimiento
y, engrandecido por las emociones,
dentro de mí, sin límites, te siento.

GUIA SEGURO

Yo pondero, Señor, cuánto me quieres
por todo aquello que a mis ansias niegas;
no por tanto favor con que requieres
mi bien constante....

Caminando a ciegas,
como camino, si mi frágil mano
secundara, obediente, a mi deseo,
¡cómo me descarriara!

Es tan humano
del sentido, en la vida, el devaneo,
que se impone la sabia vigilancia
de un guía que me lleve a mi destino,
y, de tus negativas la constancia,
es luz y suavidad en mi camino.

ASTROS Y GENIOS

Está cuan triste la tarde!
El sol vencido y cobarde,—
¡se siente tal vez muy viejo!—
de la sombra huyendo corre:
de su luz queda en la torre
apenas débil reflejo.

Perdióse ya. De la noche
en el seno abren el broche,
parpadeando las estrellas.
¿Brotó la luz de la sombra?
¡Dejó el sol sobre la alfombra
del cielo, al pasar, sus huellas!

No está en la tierra la casa
del poeta: él llega y pasa,
como desterrado llora.
Nada tiene, nada deja:
es viajero y se aleja
hacia el país de la aurora.

¿Quién encendió en los senderos
de la vida, los luceros?
¿quién tiñó los arboles?
¡Es gloria del que ilumina,
la senda por do camina
dejar sembrada de soles!